

Kyle HARPER, *El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*, Barcelona. Crítica, 2019, primera edición, 512 pp., ISBN 9788491990635

Fecha de recepción: 01/08/2019

Fecha de aprobación: 06/11/2019

El análisis de la denominada caída del Imperio romano es, indudablemente, uno de los tópicos clásicos de la historia antigua, contando con memorables trabajos y una abundante tradición historiográfica que hizo objeto de reflexión a los sucesos producidos entre los siglos IV y VI. Teniendo en cuenta la actualización del conocimiento de las últimas décadas, el catedrático de la Universidad de Oklahoma Harper Kyle, retoma el importante debate teórico desde una perspectiva poco difundida dentro del ámbito académico reciente, que posiciona al factor climático y las enfermedades infecciosas como aspectos centrales en la explicación de la desintegración imperial.

Los trabajos anteriores de H. Kyle en relación con la esclavitud, el cristianismo y la familia, así como también con las pandemias y otras enfermedades en Roma, se insertan dentro del campo de estudio de la Antigüedad Tardía. La propuesta investigativa del historiador para el presente libro, estructurado en ocho capítulos, continúa en ese marco con el objetivo de explicar el prolongado proceso que lleva a la desaparición irreversible de las instituciones antiguas,

en el período que el autor ubica entre el 161 d. C. y el 632 d. C.

En este sentido, la hipótesis que presenta en el capítulo uno destaca cuatro momentos de quiebre: la crisis en el gobierno de Marco Aurelio, desencadenada por la pandemia de viruela en el 161 d. C.; la desintegración del Imperio en la conocida crisis del siglo III, resultado de una serie de sequías, pestilencias y cambios políticos; la caída del Imperio en su mitad occidental durante el siglo IV y V por acción de los pueblos del sudeste euroasiático y, por último, la caída del Imperio de Oriente consecuencia de la peste bubónica y la catástrofe medioambiental que significó la Doble Edad de Hielo. La coherencia de su hipótesis se sostiene en la relación de los factores humanos y climáticos como complementarios en la explicación de la desintegración imperial, que interaccionan y determinan de manera particular en los momentos de crisis mencionados. Esto quiere decir, que cada momento de quiebre y su patrón de cambio es explicado como una interacción en primer lugar determinada por la naturaleza con la

demografía, la económica, la política, la defensa militar y el sistema de creencias.

Las anteriores premisas teóricas y metodológicas toman como punto de partida el período que E. Gibbon caracteriza como la “época más feliz”, la construcción del imperio de Augusto. El capítulo dos trae a colación aquella última experiencia imperial exitosa, a modo de punto de comparación para describir el devenir institucional del poder imperial de los próximos siglos. De esta manera, Kyle describe la época de prosperidad económica y social del siglo II al argumentar que el desarrollo potencial de Roma, su hegemonía militar, política, demográfica y territorial, dependió de la benevolencia de una fase climática particular del Holoceno denominada Óptimo climático romano (O. C. R), la cual desde el 200 a. C. hasta el 150 d. C. creó un entorno templado, húmedo y estable, potenciador del crecimiento intensivo de la economía, de la agricultura y de la ampliación de la productividad de la tierra. En este punto, el historiador busca explicar cómo las consecuentes redes de comunicación creadas con Asia y Oriente habilitaron el marco ecológico adecuado para el desarrollo de las enfermedades infecciosas, en particular la Peste Antonina (166 d. C.), descrita como la primera pandemia de la historia que finaliza con el ciclo de desarrollo general y marca el inicio

del proceso de desmoronamiento del Imperio romano.

Este episodio pandémico inicial es retomado en el capítulo tres, donde precisa el primer momento de quiebre de su hipótesis. En este sentido, el objetivo del apartado es esclarecer las causas antropogénicas y sociales que permitieron que el desarrollo y el impacto de la Peste Antonina fuera un episodio sobresaliente de la larga tradición de enfermedades de Roma. Aquí Kyle demuestra que el factor determinante que desencadena este episodio biológico fue la anexión de Egipto y la conectividad con India, China y la zona del Mar Rojo. En su opinión, este hecho debe ser analizado como punto de inflexión ya que esta nueva vía de comunicación posibilitó la entrada de la primera pandemia de viruela, diezmando un alto porcentaje de la población imperial y, por ende, quebrando el sistema demográfico, dificultando el reclutamiento militar y debilitando la infraestructura monetaria y fiscal del imperio. Asimismo, este proceso tuvo sus repercusiones en el plano político y cultural, ya que posibilitó la provincialización del Imperio. En otras palabras, el ascenso de las aristocracias provinciales en las esferas de la sociedad imperial dio lugar a un giro en las versiones más arcaicas del culto de Apolo. De acuerdo con su análisis, la pérdida de la capacidad de dominación imperial fue para siempre y

puso fin a una cierta fase de desarrollo estatal, desgastando el tejido del Imperio.

Si las circunstancias anteriores habían debilitado al Imperio, su primera caída correspondería al siglo III. El capítulo cuatro retoma los hechos del periodo 248-258 d. C., demostrando, nuevamente, la conexión entre causas naturales y humanas: la caída del orden fiscal y del sistema de fronteras en paralelo con el fin del O. C. R. y el inicio de una nueva fase climática, abren el periodo de sequía en la franja sur del Mediterráneo y determinan la ausencia del desbordamiento del Nilo (situación que lleva al límite el sistema económico romano) y el surgimiento de la Plaga de Cipriano (249-262 d. C.). En esta ocasión, las consecuencias fueron más relevantes, dado que, Kyle sostiene, la salida a la crisis impuso una renovación integral. En el plano político significó el desplazamiento de la aristocracia mediterránea y el ascenso de los emperadores militares; en el plano económico, el valor fiduciario de las monedas se reconstruye en torno al oro y en el plano social, el retroceso del politeísmo tradicional en detrimento del cristianismo, el cual pasa de considerarse un movimiento religioso marginal, a un fenómeno de masas.

En el capítulo cinco explica cómo la tensión resultante de estos siglos entre factores climáticos y humanos se define a fines del siglo IV y principios del siglo V, con la caída del Imperio romano de Occidente. Su explicación adscribe a la propuesta de Peter Heather,¹ postulando que entre los años 405 y 410 el desplazamiento del centro de gravedad de los hunos hacia el oeste favoreció la fractura progresiva del poder militar y la pérdida gradual de la hegemonía territorial romana en las provincias de Britania, Galia e Hispania que desaparecen y África, acabando con la fuente económica de poder. Lejos de ser analizados como invasores, los hunos son descritos como “refugiados climáticos”, migrantes que respondieron a la mega sequía de la meseta tibetana entre 350-370 d. C. Durante estos siglos, mientras que el clima y las epidemias reducían su impacto, el principal desafío estuvo en la dificultad de reclutamiento militar por el atractivo religioso que suponía el cristianismo para los hombres y las modificaciones en sus sistemas de creencias.

Mientras que Roma había perdido su influencia política, la de Constantinopla se multiplicaba. Los capítulos seis y siete son una narración del auge de este nuevo centro económico como capital, núcleo de la red de intercambios con el mundo de

¹ Peter HEATHER, “The Huns and Barbarian Europe”, en Michael MASS (ed.), *The Cambridge*

Companion to the Age of Attila, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 209-229.

mercaderes griegos, etíopes, árabes, persas e indios por la obtención de seda y especias, y su posterior reducción a un Imperio bizantino residual. La hipótesis que defiende el autor en estas últimas páginas, afirma que la conquista de las provincias orientales entre 630-640 d. C. por parte del califato islámico supuso el fin definitivo de un orden estatal imperial. Las condiciones de posibilidad de este hecho deben registrarse en los efectos de la Plaga de Justiniano, cepa letal de peste bubónica extendida desde 541 al 749 d. C., la cual junto con una fase del clima particular conocida como la Pequeña Edad de Hielo de la Antigüedad tardía (450-700 d. C.), provocaron la escasez de alimentos, hambruna y dificultad para la formación de ejércitos.

Un comentario final sobre el libro debe destacar que cada capítulo recrea una coyuntura específica de la historia del Imperio y de la evolución de las enfermedades a través del relato de hombres que vivieron esa época de cambio, representado en fuentes como Galeno o Cipriano, cuyos datos son continuamente

confrontados con las últimas evidencias de la biología genómica y molecular, la arqueología y la dendrocronología. Así mismo, la articulación de datos que realiza en su exposición es sumamente completa, y se complementa con una variedad de mapas, cronologías e imágenes que buscan presentar un contenido riguroso, no solo para los especialistas en el trabajo y la reflexión sobre este periodo, sino también para el público en general.

El acercamiento polémico de los historiadores al campo de las Ciencias Naturales y biológicas es una apuesta fuerte del autor, por lo que, si bien considero que el libro debería contribuir a cambiar nuestras percepciones acerca de las teorías tradicionales de la caída del Imperio y ampliar el panorama de análisis, este enfoque reciente y novedoso requiere seguir con mucha atención sus próximos trabajos y aquellos más generales de la disciplina.

María Candela Paz

Universidad Nacional de Mar del Plata